

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.^o
N.º 32.—5 Agosto 1860.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.



Salon de la Real Armería de Madrid.

SUMARIO.

Últimos cantos: poesías de don Juan Güell y Renté, por don Juan Miguel de Losada (artículo tercero).—Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—Un consejo (poesía), por don Ramon Real de Mendoza.—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuacion).—A Valencia (poesía), por doña Emilia Serrano de Wilson.—Historia de un puñal corso, por don E. Comas y Soler.—Las hadas y sus hechizos, cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento segundo).—San Pedro en la prision.—La rosa y el tulipán (poesía), por don J. Garcia de la Foz.

LÁMINAS. Salon de la Real Armería de Madrid.—San Pedro en la prision.—La Concepcion.

ÚLTIMOS CANTOS.

POESÍAS DE DON JUAN GÜELL Y RENTÉ.

Un tomo en 4.º Edicion de lujo. Madrid 1859.

ARTÍCULO TERCERO (1).

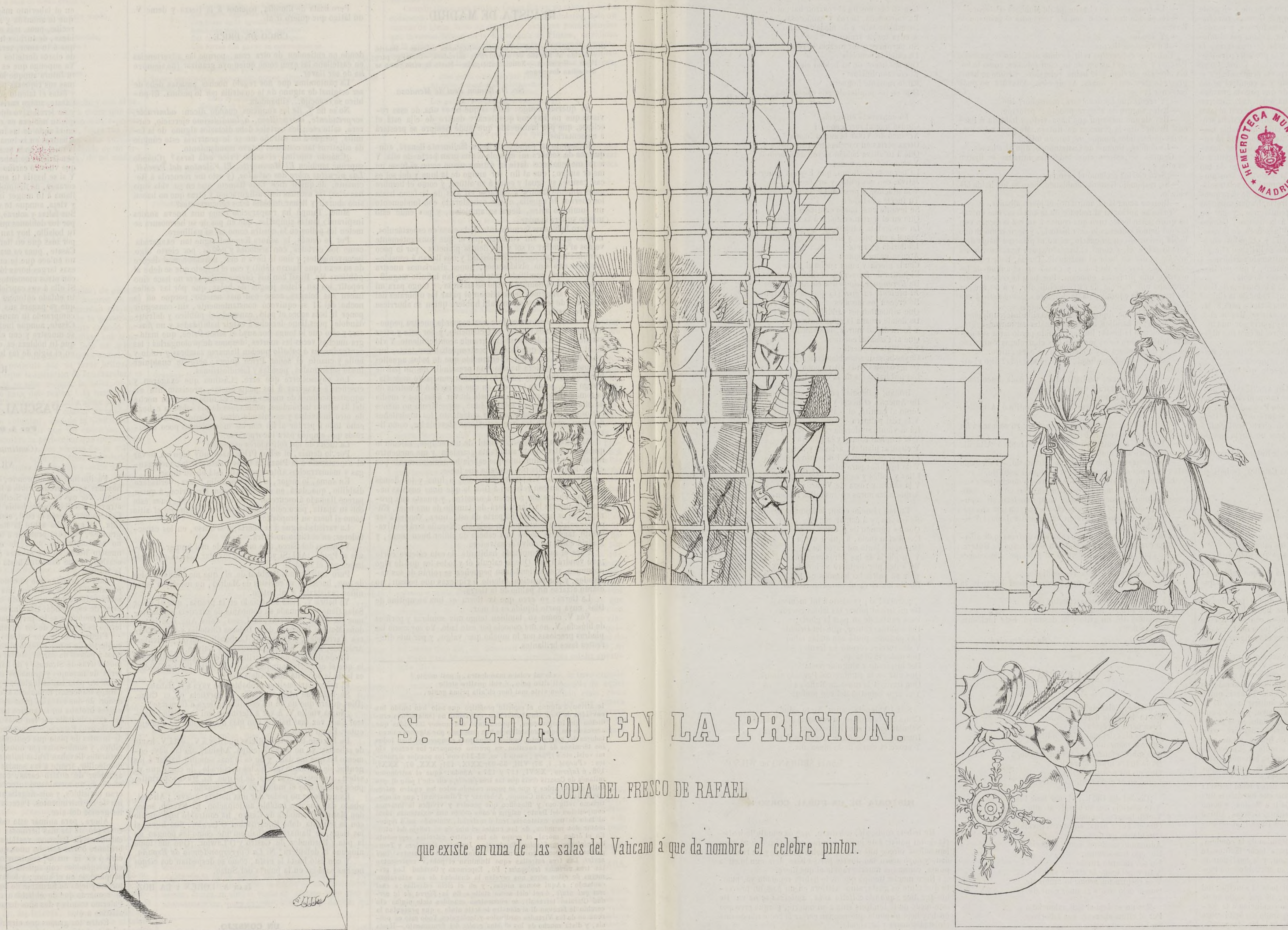
Nos ocuparemos, para terminar, de aquellas piezas mas notables, y veremos por el análisis, que los defectos en que

(1) En nuestro artículo anterior, plana primera, columna tercera, línea última, donde dice: «y como en la oda *retiene la poesia su firmeza primitiva.*» léase: «y como en la oda *retiene la poesia su forma primitiva.*» etc. etc.

incurre el señor Güell son muchas veces hijos de la fecundidad de su númen. A Píndaro, de tan sublime ingenio, tan feliz en las descripciones, tan enérgico y sencillo, se le acusa de abstruso, de amigo de intercalar en sus composiciones historias exóticas al asunto principal, y hasta de oscuro en los conceptos.

A Horacio, que segun los maestros, juntó á la entonacion épica la gravedad de los pensamientos, se le tacha de afectado y violento cuando aspira á ser grandioso. Citamos á estos patriarcas de la literatura clásica, porque en ellos ha estudiado Güell, y son sus versos los versos que recita con mayor delicia.

No puede exigirse al poeta una correccion que solo existe en las obras de la naturaleza. Entre los bucólicos, Garcilaso es, con frecuencia, prosáico: Valbuena, que tiene rasgos inimitables en sus églogas, es, no solo descuidado en la versificacion, sino hasta vulgar, como al decir:



S. PEDRO EN LA PRISION.

COPIA DEL FRESCO DE RAFAEL

que existe en una de las salas del Vaticano á que dá nombre el celebre pintor.

—Me recuerda este pajarito,—se aventuró á decir uno de los gentilhombres de cámara,—la caja de música en que tanto se deleitaba la emperatriz difunta.

—Si es verdad,—dijo el emperador.

—¿Pero no será pájaro real y verdadero?—preguntó la princesa.

—Sí es; y pájaro muy de verdad:—contestaron los criados que lo habían traído.

—Pues entonces soltadle: no le quiero:—repitió la princesa, y se negó á recibir obsequio alguno del príncipe pretendiente.

Este, sin embargo, no se desanimó. Se pintó la cara de pardo y negro; se puso una gorra, que le cubría casi toda la frente; se disfrazó completamente, y llamó á la puerta del palacio del emperador.

—Buenos días, Magstad;—le dijo.—¿No podré hallar una ocupacion en palacio? Haré cualquiera servicio con que pueda ganarme un pedazo de pan.

—Tenemos tantos que solicitan ser empleados en palacio, que no hay nunca un oficio vacante; pero yo te tendré presente para cuando haya en qué ocuparte. ¡Mas espera; recuerdo ahora que se necesita un porquero que cuide de los cerdos.

En efecto, el príncipe aceptó la propuesta y se hizo porquero del emperador. Diéronle un mal rincón en que dormir, junto á la pocilga, y allí estuvo pasándolo como pudo algunos días. Trabajaba durante el día, y por la noche arregló en su cuartucho un puchero, al rededor del cual colocó una porcion de cascabeles y campanillas, y así que el puchero principiaba á hervir, dejaba escuchar tan suave y combinada armonía, que su sonido espresaba el motivo de aquella antigua cancion:

«¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!
¡ya la dicha se fugó!»

Pero lo mas singular del nuevo instrumento era que con aplicar el dedo al vapor que despedía el puchero, este dejaba de hervir, y se percibía entonces el olor de cuantas comidas se estaban cocinando á mas de cien leguas á la redonda. Este en verdad era tesoro de mas precio que la célebre rosa y el famoso ruiseñor.

Acertó una noche la princesa á pasar por cerca de la pocilga, con sus damas de honor, y oyendo la melodía se detuvo, parándose á escuchar como deleitada: pues tocaba ella tambien en el clave la cancion de «¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!» que era la única que sabia, aunque la ejecutaba solo con un dedo.

—¡Calle!—esclamó,—esta es cabalmente la cancion que yo toco en el clavicordio de la emperatriz, mi difunta madre. Muy hábil debe de ser ese porquero, y muy suave ese instrumento. Entrad á preguntarle en cuánto quiere venderlo.

Una de las damas se acercó á la mezquina habitacion y preguntó:

—¿Cuánto pedís por ese instrumento?

—¡Pido diez besos de la princesa!

—¡Santo cielo! ¿qué estais diciendo?

—No lo doy en menos.

—¿Y bien?—preguntó la princesa á su mensajera—¿qué dice ese hombre?

—No me atrevo á repetíroslo.

—Pues dímelo al oido.

—¡Mal criado!—esclamó indignada la princesa, y dispúose á partir para palacio; pero apenas hubo dado unos pocos pasos, los cascabeles volvieron á tocar tan encantadoramente el son de

«¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!»

que ella se sintió otra vez atraída, y dijo á la camarera:

—Vuelve allá y pregúntale si se contentará con diez besos de mis damas de honor.

—Gracias—contestó el porquero;—ó me dá la princesa en persona sus diez besos, ó me quedo con mi puchero.

—¡Vaya un empeño!—esclamó la princesa al oír esta respuesta.—¿Qué testarudo es el bueno del hombre! ¡Enhorabuena! Se vá á salir con la suya. Pero vais á ponerlos todos alrededor de mí de suerte que nadie pueda verme.

Y así fué. Las camareras se colocaron todas al rededor de la princesa, estendiendo sus vestidos todo lo posible para impedir que nadie pudiese ver lo que pasaba. El porquero recibió los diez besos del contrato, y ella se llevó el puchero.

¡Cuán encantada estaba con él! Toda aquella noche y todo el siguiente día estuvo el puchero hirviendo, y no hubo cocina alguna en todo el imperio, de la cual no supiese la hija del emperador qué era lo que se estaba cocinando en ella. Las damas de honor no cabían en sí de gozo. Su curiosidad había encontrado el mas sabroso alimento. Mientras el puchero hervía, ellas iban diciendo:

—Ahora vamos á saber quién va á comer pavo asado, quién tortillas con tomate; quién ajos y cebollas. ¡Qué interesante es esto!

—¡Sí; mucho! ¡pero cuidado no vayais á decirlo á nadie, pues soy hija del emperador!...

—¡Por supuesto!—respondian todas á la vez.

Entretanto el príncipe, en su nuevo disfraz, no dejaba pasar día sin trabajar en algo; y así fué que muy pronto fabricó una especie de matraca ó sonajero con un muelle aplicado de tal suerte, que con solo apretarlo tocaba el instrumento todos los walses, galops y polkas, que se habían compuesto desde la creacion del mundo.

—Esto es soberbio—dijo un día la princesa al oír aquella sonajería.—Jamás oí nada tan asombroso. Id á preguntarle cuánto pide por esa máquina. Mas decidle que no quiero darle mas besos. Una de las camareras cumplió con el mensaje y regresó diciendo:

—Exije cien besos de Vuestra Alteza Imperial. Ni uno menos.



LA CONCEPCION.

Escultura colocada sobre la puerta de los Leones de la catedral de Toledo.

—¡ Ese hombre está loco! No quiero tratos con él. Sin embargo, es deber de las personas de la córte favorecer las bellas artes. Soy hija del emperador y debo proteger á los artistas. Volved, pues, á decirle que le daré diez besos, como la primera vez, y que los restantes, hasta el total de ciento, los recibirá de mis damas de honor.

—Pero nosotras no tenemos que ver con esto. No hay para que vayamos á humillarnos.

—¡Tontería! Si yo le beso, bien podeis besarle vosotras. No os olvidéis de que soy princesa, y de que estais á mi servicio.

Las camareras fueron á llevar su nuevo mensaje; pero tuvieron que regresar con este ultimatum del porquero.

—O cien besos, todos de la princesa, ó no hay matraca.

—¡Pues bien! dijo con despecho la princesa. El sonajero ha de ser mio. Decid á ese hombre que venga. Pero acordaos de que todas habeis de rodearme para que nadie me vea.

Llegó el príncipe y comenzó á recibir su paga.

—¿Qué significan esa reunion y esa algazara junto á la pocilga?—preguntó el emperador, que acababa de asomarse al balcon.

Restregóse los ojos; se caló las antiparras, y mas atentamente se puso á observar aquella novedad.

—¿Qué veo? esclamó. ¡Son las damas de honor! Apuesto á que están haciendo alguna de las suyas. Pero á bien que allá voy yo, y verán con quién se las hán.

En efecto, quitóse los pantuflos, y á pié descalzo, pasito y de puntillas, se acercó precipitadamente y sin ser visto hasta donde estaban las damas, contando con la mayor atencion los besos del contrato, á fin de que no pasasen de la cuenta.

—¿Qué diantre estais haciendo?—esclamó furioso al ver tantos besos dados como á destajo.—Deteneos.

Y así diciendo, las arrojó los pantuflos á la cabeza, precisamente en el momento en que recibía el porquero el beso septuagésimo nono.

—¡Alejaos todos de mi vista!—continuó.—¡Salid de mi imperio!

Y hubo de hacerse así. Y la hija del emperador y el porquero anduvieron desde entonces desterrados.

—¡Cuán desdichada soy!—decía un día la princesa, errante por unos campos casi desiertos.—¡Ah! ¿Por qué no quise casarme con aquel príncipe tan buen mozo? ¿Por qué desprecié sus esquisitos regalos?

El porquero se retiró detrás de un árbol; se quitó de la cara el color pardo y negro; arrojó el disfraz que le cubría, y se presentó delante de la princesa, con ademan tan majestuoso y con aspecto tan galan, que ella no pudo menos de saludarle, inclinándose ante él con reverencia. Entonces él le dijo:

—He aprendido á despreciaros. Rechazásteis por vano capricho á un príncipe honrado. Os desdenásteis de aceptar su rosa y su ruiseñor; pero no tuvisteis á menos el humillaros á dar besos á un porquero para conseguir un fútil juguete. Sufrid ahora el merecido castigo.

Así diciendo se volvió á su reino, y cerró la entrada en él á la princesa; la cual se quedó fuera de la puerta sollozando:

«¡Agustina! ¡ay! ¡Agustina!
¡Ya tu dicha se fugó!»

SAN PEDRO EN LA PRISION.

El grabado que publicamos en el presente número, está tomado del fresco de *Rafael*, que existe sobre el muro de la única ventana que tiene la sala llamada de Heliodoro, en el Vaticano, una de las conocidas con el nombre de *Salas de Rafael*.

El gran pintor representó en este cuadro á San Pedro en el acto de ser libertado de la prision por un ángel, tomando para su composicion el pasaje de la historia.

Dice esta, con relacion al hecho en que está basada la obra, que Anás y Caifás, observando la acogida con que era recibida la predicacion de los Apóstoles, hicieron prender en Jerusalem á San Juan y San Pedro; pero que despues de algun tiempo se les puso en libertad, prohibiéndoles esplicar la santa doctrina del Crucificado. Esto, no obstante, los discípulos del Divino Maestro continuaron su obra de conversion; y visto su atrevimiento, se les encarceló de nuevo, por mandato de Herodes, custodiándoles con especial cuidado, siendo esta la ocasion en que un ángel les libertó milagrosamente de la prision.

Sobre este asunto está basada la composicion, que es como todas las de Rafael digna de especial estudio. Su dibujo es admirable; y una de las cosas que mas sorprenden en ella, es el partido que el inmortal artista supo sacar de la privacion de la luz en que está el muro, iluminando artificialmente la accion.

Con efecto: de las tres escenas en que está dividido el fresco, la del centro lo mismo que la de la derecha se hallan bañadas por el resplandor del ángel, mientras que la de la izquierda la iluminan el de la luna y el de una antorcha, produciendo un contraste maravilloso.

En cuanto al motivo que hubo para ejecutar este cuadro, hé aquí como se refiere:

El papa Leon X deseaba verse representado en las obras del artista, y en esta ocasion la halló para ser complacido.

Este pontífice, que antes de su exaltacion al trono se llamó Juan de Médicis, siendo cardenal legado, asistió á la batalla de Rávena en 9 de abril de 1512, en la cual fué hecho prisionero por los franceses; y como al ser trasportado á Francia, fuera salvado casi milagrosamente por sus parciales, de esta semejanza de situacion con el pasaje de la obra encargada á Rafael, nació el deseo del papa, que con el acierto que se deja conocer en todas sus pinturas, desempeñó el célebre artista en 1514 cuando solo tenia 31 años de edad.

LA ROSA Y EL TULIPAN.

EN EL ALBUM DE...

A una rosa que entreabria

su corola de amaranto,

oculto entre verde acanto

un tulipan le decia:

—Eres muy bella.

—Lo ignoro.

—¡Muy modesta!

—¡Me sonrojás!

—Si le han robado tus hojas

al sol los destellos de oro.

Eres reina del pensil,

que perfumas con tu azahar;

no engendra mayo y abril

flor que te pueda igualar.

—Tulipan, te muestras hoy

adulador con esceso.

—Te engañas, rosa, es que estoy

de tu amor en redes preso.

J. GARCIA DE LA FOZ.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.